

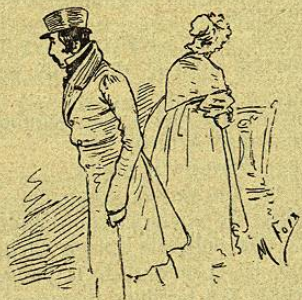
—¡En nombre del cielo, Affery!—murmuró Clennam en voz baja, mientras que la mujer de Flintwinch le abría la puerta,—¿qué sucede aquí?

La mujer de Jeremías, oculta la cabeza en su delantal, contestó con voz ahogada por la especie de velo que la cubría:

—No me pregunte usted nada, Arturo, pues no sé cuánto tiempo hace que paso la vida soñando. ¡Váyase usted!

Clennam salió sin decir una palabra más, y al dirigir una mirada á las ventanas de su madre, parecióle que la opaca luz que á través de ellas se filtraba, le repetía la contestación de Affery:

«No pregunte usted nada. ¡Váyase usted!»



CAPITULO XI

Otra carta de la niña Dórrit

«Querido señor Clennam: Como en mi primera le dije que sería mejor que nadie me escribiese, puedo dirigirle mi segunda sin causarle más molestia que la de leerla si tiene tiempo, lo cual dudo, dadas sus ocupaciones; pero confío que un día ú otro no le faltará un rato. Voy á pasar, pues, una hora hablando con usted, advirtiéndole que esta vez escribo desde Roma.

»Hemos salido de Venecia con los señores Gowan, pero no han estado en el camino tanto como nosotros, ni seguido tampoco la misma dirección; y así es que al llegar los encontra-

mos alojados ya en una calle que se llama la Vía Gregoriana, la cual conocerá usted sin duda.

»Voy á decir á usted lo que sé acerca de los esposos Gowan, porque no se me oculta que es lo que más le interesa. Su alojamiento no me ha parecido nada cómodo, aunque lo sea muchos millones de veces más que todos los que yo estaba acostumbrada á ver en Londres; y debo advertirle que no lo juzgo por mis propios ojos, sino por los de la señora Gowan, que al parecer ha disfrutado siempre de todas las comodidades apetecibles. La primera vez que fuí á ver á la señora Gowan, encontréla sola; había dejado su costura, y contemplaba el sol á través de los vidrios de las altas ventanas: no se inquiete usted por lo que le digo; pero debo confesar que el interior de su habitación distaba mucho de ser tan alegre y risueño como yo habría deseado.

»Gracias á que el señor Gowan se ocupa en hacer el retrato de papá (le he visto trabajar en él, sin lo cual tal vez no hubiera conocido á mi padre por la semejanza,) tengo más ocasiones para ver á su señora..., por cierto que está á menudo... muy sola... demasiado sola.

»¿Le hablaré á usted de mi segunda visita? Una tarde fuí á las cuatro ó las cinco y hallé á la señora Gowan completamente sola como de costumbre; un anciano acababa de traerle la comida de alguna fonda inmediata y hacíale compañía, distrayéndola con la narración de una historia de bandidos.

»En cuanto al señor Gowan, me parece que debe admirar la hermosura de su esposa y estar orgulloso de ella, pues todo el mundo habla de sus atractivos; no dudo que la ama... á su manera; pero si le parece á usted ese caballero tan indiferente y desagradable como á mí, no creeré engañarme si digo que la señora Gowan hubiera podido encontrar mejor partido.

»En mi opinión, y suponiendo que usted piensa como yo, le diré que el señor Gowan, á causa de su carácter caprichoso y descontentadizo, no se ocupa lo suficiente de su profesión; carece de paciencia y de perseverancia; comienza una cosa y no la concluye, ó la termina de cualquier modo; diríase que no tiene confianza en sí mismo, así como parece no tenerla tampoco en los demás. ¿Me habré engañado? Quisiera poder adivinar lo que usted piensa de mis observaciones. Me parece ver la expresión de sus facciones al leer estas líneas, y oír la voz con que me contestaría si nos halláramos en el Puente colgante.



«Querido señor Clennam...»

»El señor Enrique Gowan frecuenta mucho lo que aquí llaman la mejor sociedad de Roma, aunque esto no parece divertirle mucho; su esposa le acompaña algunas veces, pero en general sale poco; y he observado, ó me ha parecido, que no se habla de ella con la consideración que se merece. Su esposo va también al campo para estudiar, y pasa muchas horas con un amigo á quien trata con bastante altivez; la señora Gowan no puede verle, y para mí es tan odioso que he sentido un alivio al saber que se ausentaba de Roma.

»Lo que particularmente deseo que sepa usted es que la señora Gowan, modelo de fidelidad conyugal, comprende tan bien que el amor y el deber la unen para siempre á su esposo, que puede usted estar convencido de que le amará y elogiará, ocultando todos sus defectos, hasta el día de su muerte. Hasta creo ya que los oculta.

»Tal vez no haya usted recibido noticias de los señores Meagles, ni sepa tampoco que su hija dió á luz un niño, el cual nació ocho días antes de la llegada de aquellos. Me parece que los padres no están muy satisfechos de su yerno, sobre todo por su desdeñoso carácter. Ayer mismo, encontrándome yo en su casa, ví al señor Meagles mudar de color y salir del cuarto, para no decir claramente lo que pensaba.

»Me extendiendo demasiado en mi carta, pero es porque he querido explicarle muchas cosas, y debe usted comprender que si he observado tanto, ha sido sólo por complacer á usted, pues sé que el asunto le interesa: éste es el único motivo.

»Y llenado ya el principal objeto de esta, poco me queda que decir.

»Todos seguimos muy bien, y Fanny, muy atenta ahora conmigo, procura hacerme adaptar sus costumbres y su comportamiento. Tiene un enamorado que la ha seguido primeramente desde Suiza hasta Venecia, y luego desde allí hasta donde nos hallamos ahora; paréceme que está resuelto á ir donde ella vaya, según me ha indicado él mismo, pues muy contra mi gusto, me ha elegido por confidente. Yo le he aconsejado que no se tome tanta molestia, porque Fanny es demasiado viva para él; pero me ha dicho que de todos modos se mantendrá en su propósito. Inútil me parece añadir que yo no tengo ningún enamorado.

»Si tiene usted la paciencia de leerme hasta aquí, se preguntará sin duda si pienso concluir mi carta sin hablarle de mis viajes, ni decirle por lo menos sobre ellos alguna cosa.

Lo mismo pienso yo, pero no sé qué decir. Desde que salimos de Venecia hemos visto muchas cosas notables, sobre todo en Génova y Florencia, y hemos contemplado tantos maravillosos panoramas, que al tratar de recordarlo todo casi me sobrecoge vértigo. Seguramente, usted me podría decir mucho más de cuanto yo sé sobre el particular, y por lo tanto no quiero cansarle con mis pobres descripciones.

»¿Sabe usted que desde nuestro cambio de fortuna, que sigue pareciéndome un sueño, me figuro siempre que aun soy muy joven? Sin duda me contestaría usted que todavía no soy muy vieja; pero no es esto lo que yo quiero decir. Cuando me veo en sueños, tengo la edad que tenía en la época en que me enseñaron á coser; con frecuencia he soñado que volvía á ver, en aquel patio que usted sabe, personas no muy conocidas, y que sin embargo no había olvidado; y siempre, así en Suiza, como en Francia é Italia, figurábame que seguía siendo una niña. En lo que nunca pienso es en el cambio mismo de nuestra fortuna, ni menos en aquella memorable mañana en que vino usted á buscarme para ir á anunciar poco á poco la gran noticia; tampoco he soñado jamás nada de usted.

»Querido señor Clennam, tal vez piense demasiado en usted... y en otras personas... durante el día, y por eso no queda ya nada en mi espíritu para ocuparme de usted durante las horas de sueño, pues debo confesarle que padezco de nostalgia, deseando tan vivamente volver á visitar los sitios donde he vivido, que no pienso en otra cosa cuando no hay cerca de mí quien me observe. Sufro más cuanto más me alejo, y cuando me aproximo, aunque sólo sea algunas millas, mi corazón siente gran alivio, aunque sepa que no tardaremos en alejarnos nuevamente. ¡Amo tanto los lugares que fuéron testigo de mi pobreza y de la bondad de usted para mí! ¡Oh, señor Clennam! crea usted que los amo y muy tiernamente.

»¡Dios sabe cuándo volverá á Inglaterra su pobre niña! A todos, excepto á mí, les agrada mucho su nuevo género de vida, y no se debe pensar en un próximo regreso. Mi querido padre habla de volver á Londres hacia fines de la primavera con objeto de arreglar algunos asuntos sobre intereses, pero no tengo la menor esperanza de que me lleve consigo.

»He procurado aprovechar algo más las lecciones de la señora General, y me parece que no soy ya tan torpe como antes. Comienzo á hablar y comprender sin gran dificultad

las difíciles lenguas de que le hice mención. Al escribirle mi primera carta, no recordé que usted las poseía, pero después pensé en ello, y esto me sirvió de estímulo. Dios le bendiga á usted, querido señor Clennam. No olvide á su siempre agradecida y afectísima

LA NIÑA DÓRRIT.»

«P. S. Recuerde usted, sobre todo, que la señora Gowan merece todas sus simpatías, y que no es posible estimarla nunca en todo lo que vale. En mi primera carta me olvidé del señor Pancks: cuando usted le vea, tenga la bondad de decirle que la niña Dórrit conserva de él muy grato recuerdo por sus bondades y atenciones.»

